

## Capítulo 124 Alguien se despertó

El silencio sepulcral fue roto por un extraño y entrecortado suspiro. Una respiración larga y pesada, como si los pulmones de este demonio estuvieran destrozados y apenas comenzara a moverse, despertando tras años de letargo.

El lugar carecía de iluminación de hormigón, iluminada en su lugar por un tenue resplandor rojizo. Al despertar, este comenzó a latir por la cámara, proyectando una luz misteriosa sobre las paredes de piedra negra adornadas con runas vivientes, susurrando secretos de su existencia.

En el centro, una figura colosalmente intimidante estaba sentada en un trono esculpido en huesos y obsidiana, rodeado por una extraña barrera de energía.

Sus ojos se abrieron lentamente, revelando pupilas entrecerradas dentro de iris azules brillantes, su intensidad lo suficientemente penetrante como para penetrar cualquier alma.

No movió un músculo, pero el poder que emanaba de su presencia hizo que las runas brillaran más y la cámara misma temblara.

"¿Cuándo fue la última vez que sentí el aire demoníaco de este lugar?" murmuró al vacío, acercándose a la barrera.

—Diez años han pasado tan rápido... y te has vuelto descuidada, Stella —dijo, colocando una mano sobre la barrera.





Fue un gesto sencillo, pero se rompió como un cristal bajo su toque.

"¿Mi hija ya debe ser adulta?" Su voz era profunda y resonaba contra las paredes como un trueno.

No había nadie para responder.

Pero no necesitaba una respuesta directa... su cuerpo ya sentía el cambio en el equilibrio del mundo. Algo lo había despertado de su letargo, algo tan poderoso como para perturbar incluso las capas más profundas del inframundo.

Cerrando los ojos de nuevo, su mente se expandió a través de vastas distancias. Fragmentos de información comenzaron a fusionarse, como fragmentos de vidrio uniéndose para formar un mosaico. Hasta que... la encontró mediante su magia, lo suficientemente lejos como para cuestionar su presencia allí.



"Mi hija...", murmuró, con la sorpresa y la ira impregnadas en su voz. Entonces, la revelación más impactante: atisbos de ella, ya no la niña obediente que había dejado atrás, sino una mujer adulta... de pie junto a otro hombre.

Un hombre que ahora ostentaba el título de marido.

El suelo alrededor de su trono crujió. Apretó los puños al levantarse, cada movimiento irradiando una fuerza brutal. "¿Se casó... sin mi bendición?" Apenas podía creerlo.

La audacia... la traición... y, sobre todo, la humillación de que algo tan monumental sucediera mientras él estaba ausente.



Con un gesto de la mano, abrió un portal. El aire a su alrededor se densificó, como si el espacio mismo se resistiera a su voluntad, pero era inútil. Atravesó el vórtice sin dudarlo, decidido a enfrentarse a quienquiera que fuera el responsable.

~~~~~

Mansión Sitri - Salón principal

La atmósfera en la mansión estaba cargada de tensión, como si una oscura tormenta se cerniera sobre ella. Stella, la madre de Roxanne, estaba sentada en el centro del gran salón, con la mirada fija en un libro que sostenía con aparente tranquilidad mientras saboreaba dulces.

Pero sus instintos le contaban otra historia. Algo se aproximaba. Una consciencia primitiva susurró en el límite de su conciencia, agudizando su concentración. Podía presentirlo: algo andaba mal. Entonces, la presencia empezó a hacerse más fuerte.



Y entonces, llegó.

Un sonido atronador resonó en la entrada de la mansión.

La puerta se vaporizó, hecha añicos en innumerables fragmentos de madera. Allí estaba él, de pie, su enorme figura llenando el umbral. Una capa negra se arremolinaba a su alrededor como sombras vivientes. Sus ojos brillantes se clavaron en Stella, quien se levantó lentamente, dejando su libro a un lado con gracia mesurada.



"¿Te atreves a invadir mi casa después de tanto tiempo?" Su voz era cortante, fría como el invierno más crudo. No había calidez, solo desdén.

—Mi hogar, Stella —la corrigió con voz autoritaria—. ¿O acaso has olvidado que todo esto existe gracias a mí?

—He olvidado muchas cosas de ti... por decisión propia. —Dio un paso al frente, desafiándolo abiertamente—. Y si has venido por Roxanne, mejor piénsalo dos veces antes de actuar. No dejaré que vuelvas a interferir en su vida.

Se rió, un sonido tan profundo y amenazante que las lámparas de araña se mecieron con las vibraciones. "¿Dejarme? ¿Crees que puedes detenerme? Roxanne es mi hija. Lleva mi sangre, mi legado. ¿Y ahora descubro que se casó con un desconocido sin mi consentimiento?"

Stella entrecerró los ojos; su poder irradiaba en oleadas, llenando la habitación con una presión sofocante. «Es más mi hija que tuya, y tomó su decisión. No dejaré que se la arruines».

—No vine a discutir contigo. —Avanzó un paso, y cada movimiento hacía temblar el suelo bajo sus pies—. Vine a verla. A decidir si este hombre es digno... o si será destruido.

Tu viaje continúa en Empire

Stella levantó una mano, y el espacio que rodeaba el pasillo comenzó a vibrar con su energía. «Da un paso más y no tendrás la oportunidad de verla. Te acabaré aquí y ahora. Si crees que soy tan débil como entonces, estás muy equivocado».





La tensión en la sala alcanzó un punto insoportable.

El aura de Stella creció, rodeándola como una tempestad a punto de estallar.

Su figura, iluminada por la tenue luz de las velas, era majestuosa y temible a la vez. Sus ojos ardían con una furia contenida desde hacía tiempo, y el aire a su alrededor parecía hervir. Cada palabra que pronunciaba cargaba con el peso de un pasado que no tenía intención de perdonar ni olvidar.

Él, en cambio, permaneció inmóvil, con la sombra de una sonrisa dibujada en su rostro severo. "¿Débil? ¿Te atreves a decir eso mirándome, Stella? ¿Después de todo lo que aprendiste... de mí?". Su voz fue un trueno que resonó por la sala, haciendo temblar hasta las paredes.

Levantó la mano y con un solo movimiento en el aire, el aura de Stella se hizo añicos como si estuviera hecha de cristal.

—Dije... que no tienes voz aquí, exesposa. —Sus palabras resonaron por el pasillo como un decreto.

Caminó hacia ella, la agarró del cuello y la levantó sin esfuerzo. «Stella Sitri, tu falta de visión es tan lamentable como tu paladar dañado, que solo encuentra consuelo en los dulces».

¡Ugh! —jadeó Stella cuando la mano de él la apretó alrededor del cuello, levantándola del suelo como si no pesara nada. Sus pies apenas rozaban el frío suelo de mármol, y el agarre aplastante alrededor de su cuello la dejaba sin aliento. Sin embargo, sus ojos ardían de furia pura, mirándolo desafiantemente, negándose a mostrar debilidad a pesar de su posición vulnerable.





"Y tú... sigues siendo el mismo monstruo patético", logró decir con voz ronca, pero con desprecio. "Siempre escondiendo tus inseguridades tras la fuerza bruta".

Se rió, un sonido profundo y amenazante, como el de una bestia saboreando a su presa. "¿Inseguridades? No te proyectes en mí, Stella. Soy la perfección encarnada. Mi sangre corre por las venas de Roxanne... y eso es lo que la hace excepcional. A pesar de tu debilidad, es mi hija." La levantó aún más, sus dedos apretándola como garras. "Pero tú... no eres más que un fracaso que tuve la amabilidad de olvidar."

Stella entrecerró los ojos, y mientras jadeaba, su energía volvió a resurgir. No dejaría que la intimidara. «Si soy... un fracaso», dijo con voz entrecortada, «¿en qué te convierte eso? ¿En alguien que... me necesitaba para crear... algo que valiera la pena?».

Las palabras tocaron la fibra sensible. Su expresión se transformó en una mezcla de rabia y algo que rozaba la humillación. Sin previo aviso, la arrojó por el pasillo como si fuera un objeto abandonado. Stella se estrelló contra una de las paredes, rompiendo la piedra, pero se levantó casi al instante, aunque con visible esfuerzo.

—Deberías saber cuándo callar —siseó, con la voz cargada de veneno—. Pero parece que nunca aprendiste. Quizás debería recordarte... lo que significa vivir bajo mi sombra.

Stella escupió sangre, pero sonrió con sorna, una sonrisa desafiante que solo avivó su ira. "Y tú... deberías saber cuándo aceptar que has perdido. No tienes poder sobre Roxanne... ni sobre mí."

La energía a su alrededor explotó, un vórtice de oscuridad que se expandía en espiral, amenazando con consumir todo en la sala. Atacó con una fuerza de





ira imparable, pero Stella alzó las manos, irradiando su propia energía en oleadas brillantes.

"Si crees que sigo siendo la mujer que dejaste atrás, es hora de una lección", declaró, con su voz cortando el aire como una cuchilla. "Y empieza ahora".

Sus energías chocaron, la luz y la sombra se enfrentaron en una tormenta de poder y voluntad crudos.

Justo cuando las fuerzas alcanzaron su punto máximo, iluminando la sala con estallidos caóticos de brillo y oscuridad, una presencia abrumadora descendió sobre la habitación.

El aire se volvió pesado, como si la realidad misma se doblara bajo un peso indescriptible.

Una silueta elegante pero imponente se materializó entre los dos combatientes, y en un instante, toda energía cesó, como si fuera arrancada por una fuerza invisible.

—Zafiro Agares —gruñó, luchando contra la presión invisible que lo inmovilizaba—. ¿Te atreves a meterte en mis asuntos personales?

Dio un paso adelante, cada movimiento destilando una gracia fría y amenazante. "¿Interferir? ¿Te adentraste en el territorio de un Rey Demonio, intentaste asesinar a su Reina y creíste salir ileso?" Su voz era suave, casi melodiosa, pero cargaba con el peso de una tormenta a punto de estallar. "Parece que has olvidado quién manda aquí."

Luchó contra su aura, con los músculos tensos mientras intentaba levantarse, pero fue inútil. Cuanto más empujaba, más pesada se volvía la presión,







obligándolo a hundirse aún más. "No te temo", espetó, aunque el temblor en su voz lo delató.

—No tienes por qué temerme —respondió Zafiro, inclinándose ligeramente hacia él, con la mirada atravesándolo como una cuchilla—. Pero quizá deberías. Llevo aquí un tiempo, con la esperanza de hablar con mi querida amiga. —Sus ojos brillantes se posaron en Stella, suavizándose un poco.

—Me parece divertido... Vine a ver si este hombre es digno... —Zafiro rió suavemente, desviando la mirada brevemente.

"¿Qué estás..." comenzó el hombre, notando que ella... ya no era la misma?

"¿Cómo podría mi discípulo no ser digno de algo?", preguntó Zafiro, mientras su presión aumentaba tanto que el suelo bajo sus pies empezó a agrietarse.

"¿Discípulo?!", gruñó, con la voz cargada de incredulidad y frustración. "¿Tú... entrenaste a ese chico?!"

Zafiro ladeó la cabeza, con una sonrisa juguetona dibujando las comisuras de sus labios, aunque sus ojos ardían con algo mucho más peligroso. «Vergil no es solo mi discípulo», comenzó con voz fría, pero con un orgullo inconfundible. «Es mi esposo».

